

hombres, para que muerte de hombres con muerte de hombres cesase; lo cual se hizo y quedó por costumbre, y el demonio muy ufano de verse servido en España con este género de servicio tan introducido en el mundo. En otros trabajos, no tan graves y penosos, les enseñaron no ser necesarios semejantes sacrificios, sino sólo derramar sangre de los miembros de sus cuerpos a la manera que estos indios lo han usado, como en su lugar veremos. Todo esto refiere Florián de Ocampo en su *Historia general de España*. Y aunque no he hallado autor antiguo que así lo exprese, es razón darle crédito a su mucha autoridad, de la cual creo lo vería en libros y relaciones que yo no he visto ni tenido noticia; el cual añade, que con esta vida y costumbres se pasaron en aquella provincia algunos años.

El que compuso la historia de España, en tiempo del rey don Alonso el Sabio, cuenta, que después de la muerte de Pirros, rey de España, señoreándola los griegos, vinieron ciertas gentes a ella llamadas almonices, que adoraban al fuego por dios; los cuales usaban en manera de sacrificio, luego que les nacían los hijos, hacer fuego de leña muy seca, de manera que la llama fuese clara y sin humo, por la cual pasaban al niño desnudo en cueros por cuatro partes, en manera de cruz, moviendo esta cruz o su semejanza, de oriente a poniente y de norte a sur; lo cual hacían como en manera de bautismo; y cuando los hombres eran viejos y de tanta edad que ya estaban hartos de vivir la vida o no querían vivirla y deseaban ir a descansar de ella (aunque no iban sino a nueva vida y de mayores e infinitos tormentos), echábanlos en aquel fuego y allí se quemaban y morían; y creían que luego iban a gozar de bienaventuranza y de la presencia de los dioses, a los cuales entendían que servían y agradaban con aquel género de sacrificio. Este sacrificio fue antes usado en Caldea; y de lo dicho parece ser cosa probable a la gente española, que por aquellos tiempos vivía, habérsele pegado esta mala roña y ritos de estos almonices que, según allí se dice, señorearon a los españoles cuarenta años y, como señores, introducirían sus costumbres.

CAPÍTULO XV. *De cómo los del pueblo de Dios también cayeron en esta ceguedad de ofrecer sangre humana y sus propios hijos al demonio*



UE LAS GENTES DE AQUELLOS SIGLOS ANTIGUOS, que vivieron sin lumbre de fe y dejadas de la mano de Dios, en aquellas obscuras tinieblas de su ignorancia, tuviesen tantos errores y cometiesen tantos delitos como vamos probando y otros inmensos y sin cuento que no contamos, no es maravilla; porque gente dejada de la mano de Dios, por sus merecidos pecados, esto y más hará. Pero gente escogida de Dios, pueblo querido, sacerdocio real, como dice San Pedro,¹ hijo amado, al cual llamó de Egipto,

¹ 2. Petri.

como era el de Israel, tan regalado y favorecido con ley santa y mandamientos justos, con tantos predicadores, profetas y patriarcas;² éste, que siendo tan pertrechado de resguardos y tan alumbrado de doctrina, haya caído en este detestable error y llegado a tanta insensibilidad, que los sacrificios más detestables de cuantos los gentiles usaron, ejercitasen con mayor depravación y rotura; esto es lo que espanta y asombra. Pero a esto no hay que responder, sino con aquellas admirativas palabras de San Pablo, escritas a los romanos,³ que tanto se despeñaron por este desatino, o alteza de las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios; cuán incomprendibles son vuestros juicios, y secretos vuestros senderos y caminos. Este pueblo tan obligado a Dios, por particulares beneficios y tan lleno de doctrina, no se contentó, cuando salió de Egipto, con tener a sólo Dios por padre; pero tomóle gana de tener otros dioses más, de quien fiar sus cuidados y necesidades, pareciéndoles (a mi parecer) que en la pluralidad y muchedumbre de dioses consistía su mayor guarda y defensa, que esto suena la letra y texto sagrado,⁴ cuando dijeron a Aarón: danos dioses que nos guíen; y así, dice: *Fac nobis Elohym*; el cual *Elohym* dice pluralidad, aunque según gente docta y entendida se toma en singular; uno y otro notan Lira sobre este lugar y el doctísimo Oleastro. Y aunque no fue sino uno el becerro dijeron, éstos son tus dioses; porque como nota la glosa, los que se dan a la idolatría, se sujetan a todos los vicios y así sirven a tantos dioses y demonios cuantos son los vicios.

Hicieron, pues, dios y tal cual ellos merecían, que fue un becerro, que cualquiera, que con algún discurso de razón considerare esta locura, verá cuán grande es, pues colgaban su confianza de los cuernos de un becerro, apartándola del conocido y verdadero Dios, que en prueba de esta verdad en ellos había obrado tantas y tan estimables maravillas. Éstas fueron las primicias con que este desatinado pueblo se comenzó a descomponer con Dios, y el pecado primero de idolatría que cometió, después que Dios lo comenzó a regalar con mercedes y beneficios tan grandes, como en esta libertad y camino nos cuenta la Sagrada Escritura. Y aunque fue castigado por él y propuso la enmienda, no lo conservó, conforme aquel adagio común que dice, que quien malas mañas ha, tarde o nunca las pierde; por lo cual después se dio a la idolatría tan a rienda suelta, cuanto lo encarece y llora la Sagrada Escritura. Una de sus idolatrías, entre otras muchas, fue sacrificar sus hijos y entregarlos a la abominación de los demonios. El cual abuso nació del que usaban los de la tierra de Canaán, mayormente los ammonitas, los cuales tenían un ídolo muy estimado que le llamaban Moloch. Éste era muy grande y hueco, hecho de metal, el cual tenía los brazos extendidos, cuyos ministros y sacerdotes, para engañar al pueblo, le ponían fuego ocultamente, con cuyo calor y llamas se calentaba y encendía; y decían a las gentes de su república, que cualquiera que quisiese ofrecer alguno de sus hijos al ídolo Moloch, sería de él muy bien recibido y por ello

² Exod. 19.

³ Ad Rom. 11.

⁴ Exod. 32.

sus padres muy prosperados, y alcanzarían de dios su amistad y gracia y todo cuanto desearan. Además de que el hijo, que así fuese ofrecido, pasaría luego a la vida inmortal, sin dolor, sin pena y sin trabajo. Con este tan diabólico engaño traían muchos sus hijos a ofrecerlos al demonio, y tomándolos los sacerdotes (que no consentían que otros fuesen, porque su embuste y secreto no se descubriese) poníanlos en los brazos y manos del ídolo encendido, y en ellos rendía la vida y se quemaba y hacía ceniza y polvo. Y porque los niños puestos en este tormento era fuerza que llorasen y diesen gritos, los cuales habían de ser oídos de sus padres y por ventura con el amor natural socorridos, pretendiéndolos librar de aquel conflicto, usaban de esta astucia diabólica. Fingían grandes regocijos y placeres, porque enviaban a la compañía de los dioses aquellos niños, y acompañaban su contento con instrumentos músicos y con grandes ruidos de atambores y vocerías, con el cual ruido no era posible oírse el que el niño tierno hacía, ni las voces ni gritos que daba, confundiéndose sus quejas con el estruendo de las sonajas y panderos y confusión de voces. Con estas voces y ruido mostraban contento, aunque fingido; y decían que se lo causaba ver y saber que aquellos niños se iban volando al cielo sin dolor ni trabajo. Cuán mentira sea ésta, júzguelo el que quisiere bien notarlo. Esto creían los presentes, por razón de que no veían más el niño que habían puesto en los brazos del ídolo y no sabían que se había quemado.

Ésta fue invención de estos gentiles nombrados, y muy frecuentada de los hebreos, en la cual hocicaban por momentos, sacrificando y ofreciendo sus hijos a este maldito ídolo Moloch, a imitación de los cananeos, por la comunicación que con ellos tuvieron; porque las más veces y aun siempre sucede de la frecuente comunicación, pegarse las malas costumbres y cometer pecados nunca pensados porque se vieron hacer por otros; así lo dice David en el salmo.⁵ Mezcláronse con las gentes y aprendieron sus malas costumbres y sirvieron a los ídolos de Canaán. ¿Qué servicio fue éste que hicieron a los ídolos de Canaán? Ofrecer sus hijos y hijas (dice luego) a los demonios, derramando sangre de inocentes y no sangre ajena, sino la propia suya y de sus hijos; dándola en sacrificio a los ídolos de Canaán, que era al ídolo Moloch. Esto les era muy avisado y prohibido en la Sagrada Escritura y señaladamente aqieste sacrificio hecho a este ídolo, como parece en el *Levítico*,⁶ donde les mandó Dios que de su descendencia no ofreciesen a Moloch; como quien dice: no darás ni consagrarás ninguno de tus hijos al demonio, cuyo ídolo y figura es Moloch, a imitación de los ciegos gentiles.

Este sacrificio y ofrenda fue corriendo en los judíos por muchos tiempos y ya no sólo la gente plebeya le hacía; pero había cundido esta mancha tanto, que habiendo caído en los pies, corrió y subió hasta la cabeza, no dejando miembro de república a quien no manchase, desde los plebeyos hasta los reyes. Esto parece muy claro en el cuarto *De los reyes*;⁷ donde

⁵ Psal. 105.

⁶ Lev. 18 et 20.

⁷ 4. Reg. 16.

se dice del rey Achaz que consagró a su hijo, pasándolo por el fuego, según la costumbre de los gentiles; que quiere decir: que le hizo pasar por el fuego de esta vida a esotra, como lo declara Nicolao de Lira, sobre este lugar;⁸ y Josepho lo dice claramente hablando de este rey, diciendo que lo ofreció en holocausto, que era sacrificio en que se consumía y quemaba todo. De manera, que aunque este pueblo era de Dios, muchas veces le olvidaron sus moradores, por el demonio, y otras tantas le ofrecieron hombres racionales y sus propios hijos en sacrificio, como las otras gentes hicieron.

CAPÍTULO XVI. *Donde se trata de la inclinación grande que los judíos tenían a la idolatría, y se dan las razones por qué fueron a ella tan inclinados*



ASÍ COMO CONOCIDA UNA CAUSA, se conoce luego su efecto; de esa misma manera, dice el Filósofo,¹ que conocido el efecto, se conoce su causa. Esto parece claro en el sol, que viendo y experimentando que sus rayos calientan y queman, decimos que el sol es cálido, del cual, como de causa propia, nacen; y más claro que en él tenemos la prueba en los judíos, de los cuales decimos ser inclinadísimos a la idolatría; porque por los efectos y veces que la cometieron se manifiesta lo que la apetecían y estimaban. Y siendo así, que hacía Dios en ellos terribles y espantosos castigos por la idolatría, poniéndolos en manos de infieles, entregándolos a dura y penosa servidumbre y esclavitud por muchos tiempos y años; luego que Dios los dejaba holgar y prosperar un poco, reduciéndolos a sus antiguos contentos y casas, se olvidaban de él y tornaban a idolatrar y a servir a los ídolos, sin advertir que por aquella culpa y pecado eran ya otra y otras veces castigados. De donde se prueba su inclinación; pues por volver a idolatrar y servir al demonio, olvidaban el rigor del castigo hecho en ellos por esta culpa y las mercedes grandes que de Dios tenían recibidas.

Una de las razones que se dan, y con ella se prueba su mala y detestable inclinación, es la mala costumbre que aprendieron en Egipto, por la comunicación tan larga y continua que tuvieron con los moradores de la tierra, que les duró tiempo de cuatrocientos años; porque como en este reino fue casi el origen de la idolatría, y donde (a lo menos más tiempo y con más fuerza) se ejercitó este abominable error y donde por consiguiente manera adoraron multitud de dioses; y todo esto pasase a los ojos de los judíos; los cuales, viéndose en tantas angustias y amarguras y cautivos, resfriábaseles la fe que de un Dios tenían y poco a poco la iban perdiendo; mayormente no teniendo ejercicio de el culto divino, ni predicadores que les esforzasen a sufrir y no olvidar lo que de Abraham habían aprendido muchos años antes

⁸ Lib. 19. cap. 3. de Antiq.

¹ Methaph. lib. 1.